

La Tourgue es un castillo seguro y fuerte, fácil de defender, pero es candoroso creer que tenga una salida secreta que la pueda librar de un sitio.

—Pero, señor...

El anciano se encogió de hombros y dijo:

—No perdamos el tiempo. Hablemos de lo que importa. Prosigamos. Desde Rongefen irás al bosque, donde está Benedicite, que es el jefe de los Doce; es un buen jefe, que mientras hace arcabucear reza el *Benedicite*; para la guerra sobra la sensibilidad. Desde Montchevrier irás... Se me olvidaba el dinero.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa y una cartera que entregó á Halmalo.

—En esta cartera hay treinta mil francos en asignados, que vendrán á resultar en dinero unas tres libras y diez sueldos. Debo advertirte que los asignados son falsos, pero en cambio los verdaderos no valen más. En la bolsa tienes cien luises en oro; te doy todo lo que tengo: ahora yo nada necesito, y es mejor que no me encuentren dinero en el bolsillo. Continuemos. Desde Montchevrier irás á Antrain, en donde verás á M. de Frotte; desde Antrain á la Jupelliere, en donde encontrarás á M. de Rochecotte... Te acordarás de todo esto?

—Como del *Padre nuestro*.

—Verás á Dubois-Guy en Saint-Brice en Cogle, á Turpin en Morannes, que es una aldea fortificada, y al príncipe de Talmont en Chateau-Ganthier.

—Y me hablará un príncipe?

—Pues no te hablo yo?...

—Halmalo se quitó el sombrero.

—Todos te recibirán al ver en tus manos la flor de lis de la princesa. No olvides de disfrazarte, porque tienes que ir por sitios donde hay campesinos y patanes, y esos republicanos son tan bestias, que con casaca azul, sombrero de tres picos y escarapela tricolor dejan pasar por todas partes. No hay ya ni regimientos, ni uniformes, ni los cuerpos tienen números, cada uno se pone el traje que quiere. En Saint-Mhervé encontrarás á Gaulier, llamado Pedro el Grande. Irás luego al canton de Parné, donde estarán los hombres de rostro ennegrecido, que ponen guijarros en los fusiles y doblan la carga de la pólvora para hacer más ruido. Irás en seguida al campo de la *Vaca Negra*, situado en una altura en medio del bosque de la Charnie. Irás también al Grand-Bordage, que le habita una viuda, de la que es yerno Treton,

llamado el Inglés. Visitarás á Epineux-le-chevreuil, á Sille-le-Guillaume, á Parannes y á todos los hombres que estén en los bosques. Te se harán amigos y los enviarás á los extremos del Alto y del Bajo Maine; verás á Juan Treton en la parroquia de Vaisges, á Sans-Regret en Bignon, á Chambord en Bouchamps, á los hermanos Corbin en Madioncellas y á le Petit-Sans-Peur en Saint-Jean-Sur-Erve. Hecho esto y dada la consigna en todas partes de *Insurreccionaos, guerra sin cuartel*, irás á unirte con el gran ejército, ejército católico y real, donde éste se encuentre. A de Elbée, de Lescure, de La Rochejaquelein y á los demás jefes que vivan les enseñas mi lazo de mando, que ellos ya saben lo que quiere decir. Eres un marinero, pero Cathelineau es un carretero nada más. De mi parte les dices á esos jefes que ya es hora de empuñar las dos guerras á la vez, la grande y la pequeña. La grande mueve más ruido, pero la pequeña es más productiva; la de la Vendée es buena, la de la Chuanería es peor, pero en las luchas civiles la peor guerra es la mejor. La bondad de la guerra se juzga por la cantidad de mal que ocasiona.

Hizo el anciano una pausa; despues continuó:

—Halmalo, te comunico todo esto porque aunque no comprendas las palabras, sé que comprendes las ideas. He adquirido confianza en tí viéndote maniobrar en el bote; sin saber geometría haces en el mar movimientos sorprendentes. El que sabe manejar su barco sabe dirigir una insurreccion, y el modo de manejar la intriga del mar me hace deducir que desempeñarás bien mis comisiones. Cuando encuentres ocasion oportuna haz saber á los jefes que prefiero la guerra en los bosques á la guerra en las llanuras. No conviene poner en línea á cien mil paisanos, expuestos á la metralla de los soldados azules y á la artillería de Carnot, y antes de un mes quiero tener quinientos mil matadores emboscados en las selvas. La caza que persigo es el ejército de la República: cazar furtivamente es guerrear, y sé bien la estrategia de los bosques. Que no se dé cuartel á nadie y que se llene todo de emboscadas. Les dirás también que los ingleses están con nosotros, y vamos á pillar á la República entre dos fuegos. La Europa nos ayuda á concluir con la revolucion. Me has comprendido?

—Sí, señor, que es preciso llevarlo todo á sangre y fuego.

LIBRO CUARTO

Tellmarch.

I.

La cumbre de la duna.

El anciano, en cuanto vió desaparecer á Halmalo, se embozó en su capa de mar y se puso en marcha. Caminaba pausadamente y pensativo. Marchaba hácia Huines, mientras que Halmalo se dirigia á Beauvoir.

Detrás de él se erguia el monte de San Miguel, que es al Océano lo que la pirámide Cleops es al desierto; enorme triángulo negro con su tiara de catedral y su coraza de fortaleza, con sus dos gruesas torres de Levante, una redonda y otra cuadrada, que ayudan á la montaña á sostener el peso de la iglesia y de la aldea.

Las arenas movedizas de la bahía del monte de San Miguel hacen que sus dunas cambien de sitio insensiblemente. Habia en aquella época, entre Huines y Ardevon, una duna muy alta, que hoy ha desaparecido; una de las tempestades del equinoccio la niveló, y tenia la rareza de ser antigua y de ostentar en su cumbre una piedra miliaria, erigida en el siglo doce en conmemoracion del Concilio celebrar en Avranches contra los asesinos de Santo Tomás de Cantorbery.

Desde lo alto de dicha duna se descubria todo el pais, y era fácil orientarse de él.

El anciano marchó hácia ella y subió por la pendiente; cuando se encontró en la cima, se acercó á la piedra miliaria, se sentó sobre uno de los lados de su cuadrada base y se dedicó á examinar la especie de mapa geográfico extendido á sus piés. Parecia que buscaba un camino en aquel pais, que le era conocido, porque en el vasto paisaje confuso á causa del crepúsculo, nada se destacaba con claridad más que el horizonte negro sobre el cielo blanco.

Veíanse los grupos de los tejados de once pueblos y aldeas; distinguíanse á muchas leguas de distancia todos los campanarios de la costa, que son muy altos, con la idea de que sirvan de puntos de vista á los que están en el mar.

Al cabo de algunos instantes pareció

—Eso es.
—Sin dar cuartel.
—A nadie.
—Llevaré á todas partes esa consigna.
—Ten mucho cuidado, porque en este pais se encuentra la muerte fácilmente.
—No importa... el que dá el primer paso, usa quizás sus últimos zapatos.
—Eres un valiente.
—Y si me preguntan vuestro nombre?
—Todavía no conviene que se sepa.
Dirás que no lo sabes, y dirás la verdad.
—Dónde volveré á veros?
—Donde me encuentre.
—Y cómo lo sabré?
—Como lo sabrá todo el mundo. Antes de ocho dias. Haré escarmientos, vengaré al rey y á la religion, y comprenderás que se habla de mí.
—Entiendo.
—No te olvides nada.
—Quedad tranquilo, señor.
—Ahora parte, y que Dios te guíe.
—Cumpliré todo lo que me encargais, hablaré, obedeceré y mandaré.
—Bien.
—Si salgo victorioso de mi comision...
—Te haré caballero de San Luis.
—Como á mi hermano; y si no salgo bien, me hareis fusilar.
—Como á tu hermano.
—Está dicho, señor.

El anciano inclinó la cabeza y cayó al parecer en profunda meditacion. Cuando levantó la vista ya estaba solo. Halmalo no era ya más que un punto negro que iba desapareciendo en el horizonte. El sol acababa de ponerse.

Las gaviotas y otras aves acuáticas volvian á sus nidos.

En el espacio reinaba esa especie de inquietud que precede á la noche; las ranas cantaban, las cercetas huian silbando de los estanques, las grullas, los ánades y los vencejos lanzaban sus gritos vespertinos; las aves de la playa se llamaban unas á otras, pero no se oia ningun ruido humano. La soledad era profunda, ni habia una vela en toda la bahía ni un aldeano en el campo; la extension del horizonte que abarcaba la vista estaba desierta. El viento silbaba entre los grandes cardos de las arenas; el cielo blanco del crepúsculo lanzaba en la playa vasta claridad lívida. De lejos los estanques de la llanura sombría parecian placas de estaño puestas de plano sobre el suelo. El viento soplabá por la parte del mar.

que el anciano encontró lo que buscaba en aquel claro-oscuro. Sus ojos se fijaron en un recinto de árboles, de paredes y de tejados, algo visibles en medio de la llanura y de los bosques y que constituían un caserío. Tuvo entonces el movimiento de cabeza de satisfacción del hombre que se dice mentalmente: "Allí es", y se puso á trazar con el dedo el bosquejo de un itinerario al través de los vallados y de los sembrados. De vez en cuando se fijaba en un objeto informe y confuso, que se agitaba encima del tejado principal del caserío, y parecía preguntarse á sí mismo qué era aquello. Aquello era incoloro y confuso por haber poca luz en el horizonte; no era una veleta, porque ondeaba, y no había motivo para que hubiese allí una bandera.

El anciano estaba cansado y por eso permanecía sentado, entregándose á esa especie de olvido vago en que el hombre se sume en los primeros instantes de reposo.

Hay en el día una hora que podría llamarse la hora de la ausencia del ruido, la hora serena, y esa era la que reinaba en aquel momento. El anciano gozaba de ella, miraba y escuchaba; qué?... nada. La profunda tranquilidad. Los hombres más crueles tienen sus instantes de melancolía. De pronto se turbó esta tranquilidad, ó mejor dicho, la acentuaron voces de transeúntes, voces de mujeres y de niños. Sobrevienen á veces en la oscuridad estos repiques de alegría inesperados. La maleza impide ver el grupo del que salían las voces, pero se adivinaba que iba caminando al pié de la duna y que se dirigía hácia la llanura y hácia el bosque. Las voces llegaban claras y francas hasta los oídos del anciano, y venían de tan cerca, que no perdió ni una sola palabra de las que pronunciaban.

Una mujer decía:

—Vamos, aprieta el paso. ¿Es por aquí?

—No, es por allí.

El diálogo continuaba entre dos voces, una fuerte y otra tímida.

—¿Cómo se llama la alquería que habitamos ahora?

—La Herbe-en-Pail.

—Estamos todavía lejos?

—A un cuarto de hora largo.

—Apretamos el paso para llegar pronto á comer el rancho.

—Sí, que nos hemos retardado un poco.

—Debíamos correr, pero vuestros muñecos están fatigados. Dos mujeres no

podemos llevar á tres chiquillos; tú ya llevas á la Hecharde, que es una niña pesada como el plomo. Después de detenerla aun la llevas al brazo, y esa es una mala costumbre; hazla que ande un poco. En fin, cuando llegemos, el rancho ya estará frío.

—Qué buenos zapatos me habeis dado! Parecen hechos para mí.

—Eso vale más que ir descalza.

—Anda más deprisa, Renato.

—El tiene la culpa de nuestro retardo, porque se empeña en hablar á todas las niñas que encuentra. Parece ya un hombre.

—Vaya! ya vá á cumplir cinco años.

—Dime, Renato, ¿por qué hablaste á aquella chiquilla en la aldea?

—Porque yo la conozco, contestó una voz de muchacho.

—De qué la conoces? volvió á preguntar la mujer.

—La conozco... y es mi novia desde esta mañana.

—Bueno es eso! exclamó la madre; ¡y estamos aquí tres días!... ¡Este chico, que aun no ha salido del cascarón, dice que tiene novia!...

Las voces se alejaron y se perdieron, restableciéndose el profundo silencio.

II.

Tienen oídos y no oyen.

El anciano permaneció inmóvil, estático; ni siquiera pensaba: á su alrededor todo estaba sereno, aletargado; solo había silencio y soledad. Escasa claridad bañaba aun la cumbre de la duna, pero era ya casi de noche en la llanura y noche completa en los bosques.

La luna ascendía por Oriente. Algunas estrellas aparecían en el azul pálido del cielo, y aquel hombre, excitado por preocupaciones violentas, se abismaba, sin embargo, en la inefable mansedumbre del infinito. Sentía despuntar en su alma el alba oscura de la esperanza, si la palabra esperanza puede aplicarse á la de las guerras civiles. Desde luego le parecía que al escapar del mar, inexorable para él, y al tocar tierra, había desaparecido todo su peligro. Nadie sabía su nombre, estaba solo, oculto para sus enemigos, sin dejar huellas detrás de él, porque la superficie del mar no las conserva, y gozaba de una tranquilidad suprema.

Lo que tenía tanto encanto para este

hombre, que era presa de tumultos interiores y exteriores, era el profundo silencio que reinaba en el cielo y en la tierra en aquella hora tranquila que atravesaba.

Solo se oía el viento que venía del mar, pero el viento es un bajo continuo que casi deja de ser ruido por su misma continuacion.

De repente se levantó el anciano; acababa de despertarse su atención bruscamente; contempló el horizonte y su mirada adquirió particular fijeza. Lo que miraba era el campanario de Cormeray, que tenía enfrente de sí, al extremo de la llanura, porque, en efecto, algo extraordinario sucedía en aquel campanario. Su silueta se destacaba con claridad, se veía la torre coronada con su pirámide, y entre la torre y la pirámide la caja de la campana, cuadrada, sin reparo contra el viento y expuesta á las miradas por sus cuatro lados, como es costumbre en los campanarios bretones.

Pero aquella caja aparecía alternativamente abierta y cerrada á intervalos iguales. Su alta ventana se dibujaba, ya enteramente blanca, ya completamente negra; unas veces se veía el cielo al través de una abertura, otras veces no se veía.

El anciano tenía delante de él el campanario de Cormeray, pero á la distancia de dos leguas; miró á su derecha á la torre de Baguer-Pican, igualmente erguida que la otra, y la caja de sus campanas se abría y se cerraba también como la de Cormeray.

Se volvió á su izquierda á mirar el campanario de Tanis, y la caja de las campanas de éste se abría y se cerraba como la de los otros dos.

Examinó todos los campanarios que tenía á la vista y la caja de todos ellos se presentaba alternativamente negra y blanca.

Qué significaba aquello?

Significaba que todas las campanas tocaban á vuelo. Era necesario, para aparecer y desaparecer así, que fuesen furiosamente sacudidas. Aquello era, pues, sin duda alguna, el toque de somaten. Tocaban á somaten frenéticamente, por todas partes, en los campanarios, en las parroquias, en todos los pueblos, y sin embargo, nada se oía á la distancia en que se encontraba el anciano de las poblaciones. Este fenómeno se debía, no solo á la distancia, sino también al viento del mar, que soplabá del lado opuesto

y que alejaba del horizonte todos los ruidos de la tierra.

Nada es tan siniestro como aquellas campanas fuertemente agitadas, tocando á rebato por todas partes en medio del silencio de los sitios en que se encontraba el anciano. Este miraba y escuchaba; no oía el somaten, pero lo veía. Ver el toque de somaten le producía sensación extraña.

¿Contra quién tocaban aquellas campanas?

III.

Utilidad de las letras grandes.

¿Ciertamente que el toque de somaten se dirigía contra alguno. ¿Contra quién? Aquel hombre de acero se estremeció durante un momento.

No podía ser contra él. ¿Quién había de adivinar su llegada? Era imposible que los representantes que tuviesen esta misión estuviesen informados de que acababa de desembarcar. La corbeta debió zozobrar sin que ninguno de los hombres que llevaba pudiera escaparse del naufragio, y en la corbeta solo sabían quién era el capitán Boisberthelot y el teniente La Vienville.

Las campanas continuaban volteando, y él, atento, las contemplaba maquinalmente, y su pensamiento, pasando de una conjetura á otra, adquirió la fluctuación que produce el paso de una seguridad profunda á una incertidumbre terrible; sin embargo, como el toque de somaten podía tener otros objetos, el anciano acabó por tranquilizarse, repitiéndose á sí mismo que nadie podía estar enterado de su llegada ni saber quién era él.

Hacia pocos instantes que oyó un ligero ruido por encima y por detrás de él, semejante al frotamiento de una hoja agitada en el árbol. Al principio no fijó la atención en este incidente, pero como el ruido puede decirse que insistía, el anciano volvió la cabeza; lo producía, en efecto, una hoja, pero una hoja de papel. El viento estaba acabando de despegar encima de su cabeza un gran cartel fijado sobre la miliar; estaba recién pegado, pues aun conservaba la humedad, y ofrecía su presa al viento, que se puso á jugar con él y á desprenderle.

El anciano, como ascendió á la cumbre de la duna por el lado opuesto, no pudo ver al llegar dicho cartel.

Subió sobre el escalón de piedra en que estuvo sentado y sujetó con la

mano el extremo del papel que levantaba el viento. En un cielo sereno, en Junio, son largos los crepúsculos: bajo de la duna estaba oscuro, pero arriba claro; una parte del cartel estaba impreso en gruesos caracteres y habia bastante luz para poder leerlos. El anciano leyó, pues, lo siguiente:

“REPÚBLICA FRANCESA, UNA
É INDIVISIBLE.

„Nos, Prieur, diputado del Marne, representante del pueblo con mision cerca del ejército de las costas de Cherburgo, mandamos:

„El ex-marqués de Lantenac, ex-vizconde de Fontenay, que dice ser príncipe breton y que ha desembarcado en la costa de Granville, queda declarado fuera de la ley y su cabeza puesta á precio.

„Se pagará á quien lo entregue, muerto ó vivo, la suma de sesenta mil libras. Esta suma no se pagará en asignados, sino en oro.

„Se enviará inmediatamente un batallón del ejército de las costas de Cherburgo en busca y en persecucion del ex-marqués de Lantenac. Las municipalidades prestarán auxilio á dicha fuerza para el desempeño de la comision de que está encargada.

„Dado en las Casas Consistoriales de Granville el 2 de Junio de 1793.—
PRIEUR, *del Marne.*”

Debajo de este nombre habia otra firma, pero en caracteres más pequeños y que el anciano no pudo leer por la poca claridad que quedaba.

El desconocido se hundió el sombrero hasta los ojos, se embozó con la capa, tapándose la cara, y bajó de prisa de la duna; era, en efecto, inútil y peligroso detenerse en aquella cumbre, que era el único punto donde aun brillaba el último resto de la luz del dia. Tal vez pensó que habia permanecido allí demasiado tiempo.

Cuando descendió se encontró en la oscuridad y disminuyó la rapidez de su marcha. Siguió el intermedio que se habia trazado hácia el caserío, en el que sin duda creia estar seguro.

El camino estaba desierto, porque era la hora de no haber transeuntes. Se paró detrás de unas matas, se quitó la capa, volvió la casaca por el lado velludo, se ató con una cuerda al cuello la capa, doblándola antes como un rollo, y volvió á ponerse en marcha.

La luna iluminaba el espacio.

Llegó á la encrucijada de dos caminos, en la que se elevaba una cruz de piedra. Sobre el pedestal de la cruz se distinguia un cuadrado blanco, que indudablemente era un cartel igual al que acababa de leer, y aproximóse á reconocerlo.

—Adónde vais? le preguntó una voz. Volvió la cabeza y vió en el llano á un hombre de alta estatura, viejo como él, con cabello blanco como el suyo, pero más araposo aun.

Aquel hombre se apoyaba en un palo largo.

—Os pregunto adónde vais, repitió.

—En primer lugar decidme dónde estoy, le dijo el interrogado con altiva tranquilidad.

El otro le respondió:

—Estais en la señoría de Tanis, señoría de la que yo soy el mendigo y vos el señor.

—Yo!

—Sí, vos, señor marqués de Lantenac.

IV.

El Calmand.

El marqués de Lantenac (á quien daremos ya en adelante su verdadero nombre), respondió gravemente:

—Está bien, entrégame á mis enemigos.

—Aquí estamos los dos en nuestra casa, vos en el castillo y yo en el monte, respondió el hombre.

—Acabemos. Entrégame.

—Ibais á la alquería de Herbe-en-Pail, no es verdad?

—Sí.

—Pues no vayais.

—Por qué?

—Porque están allí los azules.

—Desde cuándo?

Desde hace tres dias.

—¿Se han resistido los habitantes de la alquería y de la aldea?

—No. Han abierto todas las puertas.

—Ah! exclamó el marqués.

El hombre le indicó con el dedo el tejado de la alquería, que se distinguia bastante distante por encima de los árboles.

—Veis el tejado, señor marqués?

—Sí.

—Veis lo que sobre él flota?

—Sí. Es una bandera.

—Tricolor, añadió el mendigo.

Dicho objeto fué el que llamó la aten-

cion del marqués desde lo alto de la duna.

—No tocan á rebato?

—Sí.

—Por qué?

—Vois sois la causa.

—Pero no se oye el toque.

—Porque lo impide el viento. ¿Habeis leído el cartel?

—Sí.

—Os buscan.

Echando una mirada hácia la alquería, repuso:

—Hay allí medio batallon.

—De republicanos?

—De republicanos parisienses.

—Pues bien, dijo el marqués, marchemos.

Dió un paso hácia la alquería; el mendigo le detuvo por el brazo, diciéndole:

—No vayais.

—Adónde he de ir?

—A mi casa.

El marqués miró fijamente al mendigo.

—Escuchad, señor marqués: mi casa es muy pobre, pero segura; es una cabaña más baja que una cueva: tengo por piso un lecho de yerba y por techo otro de ramas y de paja; venid. Si vais á la alquería os fusilarán, y en mi casa dormireis. Estareis cansado; mañana por la mañana los azules se pondrán en marcha y podreis ir donde querais.

El marqués contemplaba silenciosamente al mendigo.

—De qué partido sois? le preguntó; sois republicano? sois realista?

—Soy un pobre.

—Estais en pró ó en contra del rey?

—No tengo tiempo para pensar en eso.

—¿Qué te parece lo que está sucediendo?

—Que no me produce para vivir.

—Sin embargo, venís á socorrerme.

—Porque sé que estais fuera de la ley.

Eso no sé lo que significa. ¿Se puede estar fuera de la ley? No lo comprendo. Yo estoy fuera ó dentro de ella? ¿Morir de hambre es estar fuera de la ley?...

—Desde cuándo os morís de hambre?

—Desde que nací.

—Y me salvais!

—Sí.

—Por qué?

—Por que me he dicho á mí mismo: este es más pobre que yo; y tengo derecho á respirar y él no.

—Es verdad. Y me salvas?

—Sin duda alguna. Ya somos herma-

nos, monseñor; yo pido una limosna y vos pedís la vida; somos dos mendigos.

—¿Sabeis que han puesto á precio mi cabeza?

—Sí.

—Cómo lo sabeis?

—Por haber leído el cartel.

—Sabeis leer?

—Sí; sé leer y escribir. ¿Por qué he de ser un bruto?

—Pues si sabes leer y te has enterado del cartel, sabrás que al hombre que me entregue le darán sesenta mil francos.

—Ya lo sé.

—Pero no en asignados.

—Sí, ya lo sé; en oro.

—Pues sesenta mil francos es una fortuna.

—Ya lo creo.

—El que me entregase se enriquecería.

—Es verdad; y qué?...

—Que haria su fortuna.

—Eso es justamente lo que yo pensé.

Al veros dije para mí: el que entregue á este hombre será rico; pues apresurémonos á ocultarle.

El marqués siguió al mendigo. Entraron en una espesura donde estaba la cueva de éste; era una especie de aposento que una vieja encina dejó formar debajo de ella, un aposento abierto bajo sus raíces y cubierto con sus ramas; era oscuro, bajo, oculto, invisible, y habia sitio para dos hombres.

—He previsto que podia tener un huésped, dijo el mendigo.

Aquella especie de habitacion subterránea, más comun en Bretaña de lo que se cree, se llama en lengua bretona *carnichot*; este nombre se aplica tambien á las aberturas secretas practicadas en el espesor de las paredes. Tenia por mueblaje algunos pucheros, un camastro de paja lavada y despues seca, un toscó cobertor de lana y algunas velas de sebo, piedra y eslabon para encender fuego.

Encorvándose los dos y arrastrándose un poco penetraron en el aposento, en el que las gruesas raíces del árbol formaban extrañas habitaciones, y se sentaron sobre el monton de hojas secas extendidas sobre el camastro. Por el intervalo de dos gruesas raíces (por donde entraron), que hacia el oficio de puerta, entraba una débil claridad. Era de noche ya, pero la vista se ajusta á la luz y acaba por hallar generalmente algo de claridad en la oscuridad. El reflejo de la luna blanqueaba vagamente la entrada de la cueva. Habia en un rincon de ella